

Velada de Biblioteca: Psicoanálisis y literatura. (19-6-2019)

La ficción, razón y emergencia de sujeto.

Marcelo Ordóñez

“La ficción, su función en la constitución del sujeto”

“En esos años de los que después no conservamos en la memoria, sino jirones incomprensibles”

Sigmund Freud, 1905

“En un lugar de la mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco, galgo corredor. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los 50 años, era de complexión recia, seco de carnes, de rostro enjuto, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de quijada.

Es pues de saber que este sobredicho hidalgo se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto que olvidó casi todo. Vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, así llevó a su casa todos cuanto pudo haber de ellos, donde en muchas partes hallaba escrito: “la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera a mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra ferrosura”. Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni el propio Aristóteles, si resucitara para solo ello. El se enfrascó tanto en su lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio. Se le secó el cerebro y llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros. Era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Y fue que le pareció conveniente y necesario hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban. Y así se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba.

Thomas se quedó leyendo en su habitación con las manos enlazadas sobre la frente, los pulgares apoyados contra la raíz de los cabellos, tan absorto que ni se inmutaba cuando alguien abría la puerta. Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba ante cada signo, en la situación en que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. Las palabras extraídas de un

libro que cobraba una fuerza mortal, fue sorprendido por la intimidad de la palabra. Se veía con placer en aquel ojo que le veía. Extrañeza que había de ser observado por las palabras y no solo por una, sino por todas las palabras que habitan aquella palabra y por todas aquellas que la acompañan. Se entregó con todas sus fuerzas a apropiárselo, rehusando obstinadamente retirar la mirada, creyendo ser todavía un lector profundo cuando, ya; las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle. Estaba atrapado, penetró con su cuerpo vivo, en las formas anónimas de las palabras entregándoles su sustancia, fundando sus relaciones, ofreciendo a la palabra ser su ser. Inmóvil fascinado y desnudo se reconoció con desagrado bajo la forma del texto que leía, estaba convencido que en su persona privada ya de sentido, habitaban palabras oscuras, almas desencarnadas y ángeles de palabras que le exploraban afanosamente, mientras, encaramadas sobre sus hombros la palabra **Él** la palabra **Yo** iniciaba la masacre.

La primera vez que distinguió su presencia era de noche, cuanto más seguro estaba que no había nadie en su habitación, mayor era su convencimiento de que alguien estaba allí, habitaba su sueño, alguien íntimamente cerca de él, a su alrededor y dentro de él. Tenía que habérselas con algo inaccesible, extraño. Habiendo velado toda la noche y el día con aquel ser, se dio cuenta bruscamente que otro ser había reemplazado al primero, tan inaccesible, tan oscuro y sin embargo diferente. Una especie de Tomás salió de su cuerpo y fue al encuentro de la amenaza que le acechaba, trato de mirar no en el espacio sino en el tiempo y en un punto del tiempo que no existía todavía. En aquel estado se sintió mordido o golpeado, no podía saberlo por lo que parecía ser una palabra, pero que se asemejaba más bien a una rata gigantesca de ojos penetrantes, de dientes puros, un animal todopoderoso. No pudo evitar el deseo de devorarla, de arrastrarla consigo a la intimidad más profunda.

Era una lucha horrible, se arrancaba los ojos para tragar el animal. Cuando uno creía haber triunfado y veía descender en él, con una nausea incontenible, el otro le devoraba a su vez, arrastrándole al agujero de donde había salido para expulsarlo luego como un cuerpo duro y vacío. Una y otra vez Tomás era empujado al fondo de su ser por las mismas palabras que le habían acosado y a las que él perseguía como una pesadilla y como la explicación de su pesadilla.

Lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, Y fue luego a ver su rocín de muchos defectos y era solo piel y huesos. Le pareció; ni el Bucéfalo de Alejandro ni

Babieca el del Cid con él igualaban y después de muchos nombres que formó y borró al fin le vino a llamar Rocinante. Puesto nombre a su caballo y tan a gusto, quiso ponérselo a sí mismo y en este pensamiento duró 8 días y al cabo se vino a llamar Don Quijote. Se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse para no ser árbol sin hojas y frutos y cuerpo sin alma. Halló a quien dar nombre de su dama, llamábase Aldonza Lorenzo y a esta le pareció ser bien darle título de sus pensamientos, vino a llamarla Dulcinea de Toboso. Subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver que había dado principio a su buen deseo. Yendo pues caminando iba hablando consigo mismo y diciendo: “quien duda que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos el sabio que los escribiere lo haga de esta manera: “cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.” Y era la verdad que por él caminaba y añadió diciendo: dichosa edad y siglo dichoso aquel donde saldrán a la luz famosas hazañas más dignas de estallarse en bronce para memoria en lo futuro ¡oh tu sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras. Oh! princesa Dulcinea, Sra. De este cautivo corazón....

Asistimos ahora sorprendidos a un paso, el que a través de estas ficciones, una seguida de la otra, abre delante nuestro un puente por el cual arribamos en la historia. Tres siglos transcurrieron desde el hidalgo manchego hasta aparecer, al comienzo del siglo XX, la obra revolucionaria de nuestro entrañable maestro S. Freud. La Interpretación de los sueños y Tres ensayos de teoría sexual. Fue Freud quien construyó las teorías sexuales infantiles como aquellas ficciones constituyentes que el niño plasma en los primeros años de la vida.

Instaurador de discursividad decimos hoy y desde hace ya 60 años tiene lugar el intento lúcido de pensar; cual es la novedad aportada por el discurso freudiano a la historia del pensamiento? Discurso que subvierte y que da origen a muchos otros a la vez que coloca a la ciencia toda en una referencia con la obra de este autor.

De la ficción a la historia, siendo este movimiento un paso esencial que permite la transferencia. Es que la transferencia misma implica la ficción por la que en el psicoanálisis el inconsciente es algo a hacer, imprimiendo una nueva historia: la del sujeto del inconsciente que emerge por el discurso psicoanalítico.

La relevancia del concepto de significante, el cual hace historia en el momento que J. Lacan lo introduce en la teoría en su retorno a la obra freudiana. Un antes y un después que hizo su impronta en nuestra praxis. Praxis que da a la ficción el valor de una función; dado que ella puede ser aquel relato por donde emerge el sujeto, lejos de parecerse como lo engañoso e ilusorio o hasta lo inútil de ser dicho. Ficción en tanto recubriendo la verdad, como forma por donde una verdad puede emerger y que solo podría ser aquella donde se produzca la palabra.

En los mitos vemos como se plantea la relación del hombre con una fuerza maléfica o benéfica, y esencialmente caracterizada por lo que tiene de sagrado. Recordemos que Freud dio este estatuto de sagrado al texto onírico. Esta potencia sagrada, diversamente designada en los relatos míticos que explican cómo entró el hombre en relación con ella, nosotros podemos situarla como manifiestamente idéntica al poder de significación y muy especialmente de su instrumento significante. Encuentro en esta aseveración de Lacan un paso importantísimo, dado que mi pregunta hace tiempo ronda alrededor de que el texto literario muestra o pone en evidencia la relación del hombre con aquello que lo constituye.

Hombre en su poder de manejar el significante o de ser manejado por él, de incluirse, de ser alcanzado por el significante y su poder de encarnar la instancia de este significante en una serie de intervenciones no gratuitas. También el poder de realizar la pura y simple introducción del instrumento significante en la cadena de las cosas de la vida. El mito como aquello que es enormemente sensible a la naturaleza del significante.

Así Maurice Blanchot nos muestra en su novela que Thomas el Oscuro al **leer** se hace significante y letra, y Miguel de Cervantes Saavedra, que el sueño que convierte a A. Quijano en Don Quijote al **leer** novelas de caballería, no consiste en reactualizar un pasado, que por otra parte nunca formó parte de la historia dado que en verdad solo existió en la imaginación y las leyendas, sino en algo todavía mucho más ambicioso: **realizar el mito, transformar la ficción en historia viva**. Entonces el gran tema de Don Quijote es la ficción.

La ficción, su razón de ser y la manera como ella, al igual que en un psicoanálisis, al infiltrarse en la vida la va transformando.

